

# EL BANCO NACIONAL, SIMBOLO DEL PODER ECONOMICO

Por Pedro Lopez Dorticos

## Réplica a Jorge Mañach

No creo que deba dejar sin algunas aclaraciones de mi punto de vista acerca de la ubicación del Banco Nacional en la Avenida del Puerto, el "Relieve" de Jorge Mañach publicado el viernes último. Digamos primeramente que "mi vieja larva de poesía", puesta según él al servicio del menester bancario, no se dejó seducir, al opinar en la Mesa Redonda de CMQ Televisión, por el plato de lentejas del oficio secretarial, sino que ve aspectos que justifican plenamente, no sin razones estéticas también, el discutido emplazamiento.

Estimo que mi intervención en la Mesa Redonda dejó por lo menos dilucidado un extremo de la polémica: el de que no está la parcela escogida para la fabricación dentro de la zona arqueológica, ni siquiera en su lindero más característico, o sea, el escenario del Castillo de la Fuerza, la Plaza de Armas y la de la Catedral, sino en su periferia y que esa situación tangencial por donde es profuso o al menos apunta lo moderno, no sólo no impide sino que recomienda líneas arquitectónicas actuales que servirán de contraste mediante la piedra o el cemento, entre dos épocas, entre la colonia y la República.

No es, como dice Mañach, que lo primariamente práctico, material y económico se anteponga con un hosco y utilitario interés a lo estético, lo urbanístico y lo humano. Lo humano y lo urbanístico han sido ampliamente considerados en la permuta dispuesta por Ley-Decreto, pues la pequeña parcela, (dos mil metros poco más o menos) de la Avenida, que le restará el edificio del Banco, se compensará en abundancia con la manzana de terreno de cerca de seis mil metros, aledaña al Ayuntamiento, que entregará el Banco y que se dedicará a parque en un lugar inmediato al vecindario de La Habana vieja más necesitado, bajo la apretazón de sus calles, de esa dádiva inesperada de espacio y cielo.

Veamos cómo se atienden también los aspectos estéticos, humanos y urbanísticos en la Avenida del Puerto con la edificación del Banco Nacional y gracias a ella precisamente.

La patética quejumbre de Jorge Mañach por "la merma de dorada placidez a la vieja perspectiva y la mutilación de jardines que debieran conservarse" no se ha posado en el lugar para donde se proyecta efectivamente la construcción. No será precisamente en la holgura de frondas de la Avenida sino en aquel pequeño pára-

mo que pone demasiado al descubierto, como un ojal de arena, la mirada de la Jefatura de la Policía sobre el plácido discurrir del paseo costero. Es allí, donde pasado el Anfiteatro, disimulado bajo un respunte de arboleda, se abre una parcela desértica, en la que suelen improvisarse con riesgo de faroles y transeúntes, desafíos de pelota en los que la urbanidad del lenguaje no se compadece ciertamente con el asueto urbanístico que ofrecen los escasos bancos de la Avenida en esa porción de ella ni frondosa ni plácida.

Por lo escrito se comprende que no habrá tala de frondas ni merma de jardines sino más bien cuidado de éstos, al menos de los colindantes con el Banco, y además, la belleza monumental del edificio mismo, emergiendo como una joya arquitectónica del seno verde de la Avenida, como una dádiva de piedra estilizada en el joyero de la naturaleza circundante.

Precisamente una nota característica del urbanismo moderno es ese acurrucamiento, ese acolchonamiento de la fabricación en las zonas verdes. Fronda y piedra se conjugan y entremezclan en una polémica de gracias complementarias y bellezas contrapuestas, vencedoras o vencidas recíprocamente, en el ritmo de las perspectivas, en una sinfonía donde lo agreste y lo urbano predominan alternativamente.

No recuerdo cuál ni en qué calle está situado, pero en Miami puede verse un banco cuyos costados severos endulza una profusa y minuciosa labor de jardinería, acaso para enjugar en esas fragancias y paramentos naturales el agrio interés material, práctico y económico que ve únicamente Mañach en toda empresa bancaria y, desde luego en la audacia de proponernos situar nada menos que en la Avenida del Puerto, en la antesala de la nación, en el vestíbulo de la República, como objetaba el arquitecto Sorhegui, la casa del Banco Nacional.

Pues bien, eso; ese primer plano, ese además de principal presencia a la vista del forastero, ya se asome por la boca del Morro, ya nos divise desde el avión y a la del ciudadano que entretiene su fatiga quemando gasolina o gastando las suelas de sus zapatos por la molicie de la Avenida, justifica

cabalmente, y así se dice en uno de los fundamentos de la Ley-Decreto de la permuta, la ubicación del edificio en ese escenario principal, en ese proscenio de La Habana.

Porque no se trata, mi querido Mañach, de la casa de una empresa bancaria dedicada a lo material, lo práctico y económico considerado peyorativamente como el "Relieve" lo hace, al contraponer a la iniciativa los intereses estéticos, urbanísticos y humanos como entes asesinados por el proyecto de Pérez Benitoa, quien, dicho sea de paso, tiene una extensa y meritísima hoja de servicios arquitectónicos que la pasión política o la indiferencia ciudadana no pueden negarle ni rebajarle.

El Banco Nacional, recuérdelo el brillante co-redactor del Manifiesto Programa del ABC, que encarnó el pensamiento económico de Martínez Sáenz, es mucho más que instrumento y símbolo de lo material, lo práctico y lo económico del sistema bancario radicado en el país. Es la personificación señera de la economía cubana y medio y fin en sí mismo de esa economía, porque es vehículo de desarrollo económico y centro de recolecciones o cosechas dinerarias para su propio crecimiento y para la expansión de su crédito como Banco Central a

través de hechos no exentos ciertamente de drama y poesía, como que la hay muy honda en el forcejeo de un pueblo, mediante sus órganos de crédito, por tomar su ración de sol, de personalidad y de prestigio en el mundo agresivo de las finanzas internacionales.

Reciente la creación del Banco Nacional, no tiene la mayoría de los cubanos una clara conciencia de su enorme importancia y de su significación. Esa conciencia la tiene desde luego Mañach; pero en este caso se la perturban consideraciones estéticas predominantes por temperamento en su espíritu y por ello no ha podido coonestarlas con otras que no dañan aquéllas y que son susceptibles de armonizarse si se acepta, como creo que puede aceptarse, que el "contraste violento" entre lo antiguo y lo moderno y la irrupción de un hito monumental simbólico de la capacidad económica de Cuba, entre las frondas de una avenida que, por otra parte, Forestier ideó para asiento excepcional de instituciones ministeriales brillantemente construidas, es también un alarde estético muy a tono, como dejamos dicho, con la orientación urbanística moderna, que se rodea de verde, como lo antiguo, por imperio del tiempo, se ciñe de musgos y jaramagos, regodeándose en su caricia secular.

La razón más valedera de esa ubicación del Banco Nacional es ese contraste, y no sólo frente al paisaje o al panorama físico, sino también frente al panorama histórico que lo arqueológico rememora.

Las viejas construcciones de esa zona, en lo peculiarmente antiguo, son como la mano tendida de la colonia, de la factoría, y el Banco Nacional ahí, con sus once pisos señoreando el horizonte será como la mano en alto de la República, una mano crecida en ímpetu y en aspiración creadora. Cincuenta años de lucha costó la independencia política. Cifra igual de años necesitó la República para crear el Banco Nacional, que no es solamente Banco de Bancos, como se dice más que con intención técnica en la denominación, con ánimo de mermarle jerarquía, sino Banco de la nación, Banco del pueblo y para el pueblo de Cuba. Nada menos que eso es; Banco del Estado cubano para ordenar el sistema bancario privado, que es su oficio inmediato y menor, no obstante la importancia de esa función; pero, además, y sobre todo, Banco Central de la nación misma, eje de su poder económico, capaz de realizar, mediante la riqueza nacional y el crédito bien cuidado y administrado, el desarrollo económico del país, que tiene sobre sí urgencias tremendas, surgidas del crecimiento de su población y de las peculiaridades del intercambio comercial internacional.

Sin el Banco Nacional, la crisis de la superproducción azucarera nos habría puesto de pediguénos de préstamos a la puerta del mercado extranjero del crédito y hubiéramos carecido de personalidad en la Conferencia de Londres y nuestra moneda no sería, como lo es, una de las más sólidas del mundo. La operación de los ferrocarriles hubiera sido, de no existir el Banco Nacional, un sueño de economistas. La Financiera Nacional sería un proyecto utópico. El BANFAIC sería todavía un desesperado anhelo del campesino y del pequeño industrial.

Esas realizaciones efectuadas a través del Banco Nacional son la obra de la República y de su independencia económica y bancaria, ganada con él. Es, más que un derecho, un deber del Banco Nacional, tener un asiento cimero y una presencia ostensible y hasta arrogante. No por vanidad institucional, sino como lección viva y permanente de tarea realizada fecundamente y de posibilidades de acción futura y más vasta.

El cubano, a raíz de la independencia, se interesó por hacer los monumentos a los héroes y a los mártires de la guerra. Luego, con ritmo retardado, fué levantando los edificios institucionales del poder político. El nuevo impulso de representación monumental de las energías republicanas tendrá su más nítida y cabal expresión en el edificio del Banco Nacional. Será éste como el emblema y el pabellón en piedra, altanero si se quiere, orgulloso y soberbio, de la solidez de la moneda cubana, del ímpetu de nuestro sistema bancario, del ademán arrogante con que entramos, a los cincuenta años de constituida la República, en el mundo difícil de la Banca Internacional.

En ningún lugar estará mejor que ahí, precisamente a la entrada de la bahía de La Habana; precisamente ahí, rompiendo la zona verde, poniendo sobre el perfil frondoso de la Avenida, que recuerda la raíz agrícola de nuestra riqueza, el índice de hierro y piedra de nuestra capacidad económica.

El Banco Nacional, a la entrada del puerto, será el símbolo de la República nueva, animosa, emprendedora, audaz, de la República que ha soldado la coyunda del crédito bancario extranjero para afirmar su propio crédito, para fortalecer y consolidar su independencia económica.

Ahí estará bien. Frente al Morro, Polifemo insomne que recuerda la Colonia, se erguirá el Banco Nacional, Atlante de la República, señoreando el panorama, como el hito monumental de nuestra independencia bancaria, como una voz telúrica que dirá a propios y extraños: "Soy el símbolo del poder económico de Cuba y voy hacia adelante; a mi sombra están los recuerdos y cuido de ellos; pero en mí están el porvenir y la esperanza".

*Dea, Nov 29 / 23*